

PERE SÁNCHEZ FERRÉ: GUÉNON EN ESPAÑA

Hace ahora diez años que por primera vez en España se publicó una obra de René Guénon: *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos* (1976), aunque en círculos muy reducidos ya se conocía su obra. (1) Su aparición significó para no pocos el primer contacto con un testigo de la Tradición que hablaba un lenguaje apto para la intelectualidad occidental en un momento en que muchos de nosotros basculábamos entre la espiritualidad pura -pero lejana- de Oriente y el cristianismo ensombrecido por un catolicismo secularizado y expurgado de gran parte de su contenido más rico y auténtico.

No obstante, Guénon ya había merecido la atención en nuestro país bastantes décadas atrás entre los sectores que en Barcelona editaron en los años veinte dos publicaciones de signo y características muy diferenciadas. Una de ellas era "La Rosacruz", revista mensual editada por AMORC desde 1927. La segunda era "El Mensajero Social del Sagrado Corazón", patrocinada por ciertos núcleos católicos, en la línea que en Francia significaba y pretendía "Regnabit" y personajes como Louis Charbonneau-Lassay; Guénon publicó 19 artículos en dicha revista entre 1925 y 1927.

Otro autor -en este caso un hombre de la Iglesia- que se hizo eco de la obra guénoniana fue el conocido presbítero Joan Tusquets, a quien sería encargada la campaña antimasonía llevada a cabo por el catolicismo y sus aliados políticos durante la Segunda República.

En 1927, Tusquets publicó *El Teosofismo* (en catalán) para demostrar desde la óptica católica la "perversidad" y el desvarío doctrinal, del teosofismo y de sus líderes: Blavatsky, A. Besant, etcétera. (2) Para elaborar su trabajo -prologado por el padre Miquel d'Esplugues-, se basó en el estudio de Guénon *Le Théosophisme. Histoire d'une pseudo-religión*, al que cita profusamente. Pero la denuncia que se hace de éste y los demás neoespiritualismos en la citada obra es desde criterios basados en la Tradición, mientras Tusquets dirige su libro hacia la refutación de las doctrinas teosóficas desde el catolicismo y lo convierte en un alegato contra su utilización por parte de Inglaterra en la política colonial practicada en la India.

De los artículos de Guénon dados a conocer en nuestro país, nos referiremos únicamente a uno de ellos: *El don de lenguas*, publicado por "Le Voile d'Isis" y que en su número 7 reprodujo "La Rosacruz" (3), traducido muy libremente por A. Bruns y con algunos recortes significativos. Entre las abreviaciones y omisiones, citaremos dos fragmentos que merecen algunas palabras.

El primero de ellos es la referencia que en el original se hace el rosacrucianismo, claramente diferenciado de los Rosacruz, del que afirma Guénon en otro trabajo que "discípulos más o menos directos de los Rosacruz son únicamente aquellos que siguen la vía especial del hermetismo cristiano" (4)

En otro lugar se prescinde de la alusión que Guénon hace a la conveniencia de interpretar las descripciones hechas de los personajes rosacruces de manera simbólica y no literal. Por tanto, es presumible suponer que los responsables de "La Rosacruz" publicaron *El don de lenguas* porque se trataba de un "tema rosacruz", y no porque pudieran identificarse en más o menos grado con su autor, quien, como ya se ha dicho, tenía un pobre concepto de la plétora de sociedades pseudoiniciáticas (AMORC entre ellas), que "sólo tenían de rosacruz el nombre usurpado". (5)

En cuanto a los verdaderos Rosacruz se refiere, Guénon ya había publicado en "Regnabit" (set.-oct. 1926) *La Terre Sainte et le Coeur du Monde*, dónde exponía con claridad por qué los auténticos Rosacruz desaparecieron de Occidente en el siglo XVII, coincidiendo precisamente con la aparición de los Manifiestos, que tanto interés y fantasía despertaron entre los interesados en las artes y ciencias tradicionales. Por todo lo cual, el término Rosacruz debía designar, no una sociedad, más o menos secreta, sino el estado primordial del hombre restaurado, y Christian Rosenkreutz un personaje simbólico, sin realidad histórica, ¡pero no por eso *irreal!* (6)

Por nuestra parte, anotaremos solamente que "La Rosacruz", (en la que colaboraban asiduamente E. Reig, S. Porta, C. Nieto, I. Martín Carrera, F. Seguí y otros) constituye un buen ejemplo de la prensa "esotérica" y neoespiritualista de la época, en la que puede encontrarse alguna colaboración de interés. No obstante, en la Cataluña de esos años proliferaron -con excepciones- los polemistas ramplones, la banalidad en su versión espiritualizada, así como los buscadores y expendedores de grandes poderes ocultos corroborados por la ciencia positivista de divulgación. Los fantasiosos, y los inquietos y los buscadores de misterios recorrían las numerosas sociedades secretas, discretas y públicas en busca de iniciaciones con títulos ampulosos, palabras perdidas y estados de consciencia extraordinarios. Digamos de pasada que el propio Guénon estaba afiliado, en 1908, a la logia parisina "Humanidad", que trabajaba en el Rito Nacional Español, de dudosa regularidad. En 1913 existía en Barcelona una denominada Gran Logia Española que trabajaba ese mismo Rito y tenía bajo sus auspicios dos logias catalanas.

Entre las clases humildes había hecho mella el espiritismo, aceptado con credulidad ingenua, todo lo cual hizo la función de espiritualidad

de recambio para un pueblo que, desde el Sexenio Democrático (1868-1874) se vio sometido a un rápido proceso de descristianización. Los que tenían pretensiones intelectuales y metafísicas abrazaron la teosofía en sus diferentes modalidades, la mayoría de ellas bajo la forma de sincréticos y complicados refritos. Tenemos finalmente las diversas masonerías, tan ocupadas por lo general en desautorizarse mutuamente, como en hacer gala de democratismo y de regularidad en régimen de monopolio. En la mayoría de casos consumían sus fuerzas en la lucha anticlerical (por otra parte muy necesaria en la época), en mantener escuelas laicas, celebrar mítines librepensadores, reivindicar las libertades democráticas y esperar la caída de la monarquía. Eran los más numerosos y mejor organizados y en sus logias se podía encontrar ateos anarquistas y librepensadores, políticos republicanos que pretendían medrar o hacer proselitismo, espiritistas, teósofos, entusiastas del ocultismo y, en general, de todo aquello que fuese fenomenológico. Había, desde luego, otro tipo de logias y de masones, pero eran escasos. Lo usual era que de la divisa masónica Libertad, Igualdad y Fraternidad sólo se prestara atención a su interpretación exterior y política, de manera que en los banquetes solsticiales se terminaba cantando "La Marsellesa"... Para no hablar de la Gran Logia Simbólica Española que, a pesar de declarar que trabajaba el Rito Antiguo y Primitivo Oriental de Menphis y Mizraim (uno de los más interesantes y sugestivos) habían pasado sin pestañear del hermetismo a la política, creando, además, una Gran Logia de Adopción para la Clase Obrera y otra Gran Logia Militar, según se puede leer en su Boletín de Procedimiento del 15 de mayo de 1892.

Contra todo eso se alzó René Guénon en Francia y su semilla fructificó en algunos círculos masónicos, y tradicionales pero la peculiar trayectoria de la Francmasonería en España impidió que se constituyeran posteriormente logias como "La Grande Triade".

No obstante, entre la paja también había grano y en algunos grupos se leía "Regnabit", "Le Voile d'Isis", o bien "El mensajero Social del Sagrado Corazón".

Ahora bien, preguntarnos si hubo auténticos iniciados en la España de esos años no es materia historiable, si entendemos la Historia como una disciplina positiva o científica. Por otra parte, si nos atenemos al desamparo espiritual generalizado, a la destrucción sistemática de cada reducto tradicional, así como a la confusión implacable que aquí ha imperado, podríamos conjeturar que, si como parece, Occidente perdió hace mucho tiempo el vínculo con la Tradición Primordial, el

caso español no hace más que corroborar generosamente esa *desorientación* que implica la pérdida del Centro.

No obstante, es conveniente recordar que, como afirma Guénon, en todas partes y en cualquier época pueden existir "templos sin puertas" y "escuelas donde no se enseña nada". Es decir, organizaciones que carecen de estructura exterior definida, pero que, sin embargo, crean entre sus miembros "el vínculo más efectivo y más indisoluble que pueda existir" . (7)

De análoga acción a la de un motor inmóvil, esos centros actuarían como el eje de una rueda, que comunica movimiento desde su inmovilidad. Podemos hablar de influencia pero no de acción; de "acción de presencia", pero no de compromiso en el plano de la acción. (8) Llamémosle "Superiores Desconocidos", Rosacruces o lo que convengamos, pensemos en ello como una realidad accesible o como una construcción de nuestra esperanza, debemos convenir en que la Tradición permanece por encima de los avatares de este mundo terrestre y nada tiene que decir al respecto la Historia como disciplina que se ocupa del hombre exterior, marcado por la contingencia de lo físico y lo temporal.

Por otra parte, conviene recordar que los hechos históricos y la historia en su totalidad deben concebirse como símbolos de una realidad superior, de modo que los accidentes del tiempo y la geografía en que está inmersa esta humanidad deben forzosamente remitirse a planos de orden más elevados o celestes.

Tomemos como ejemplo un episodio históricamente constatable como es la Orden del Temple. Nos encontramos que esos guardianes de Tierra Santa -que sitúan en Palestina- nacen paralelamente a las primeras cruzadas. Muchos aspectos de su historia son conocidos y la documentación conservada sobre esa orden de caballería es abundante, tanto en nuestro país como en otros lugares. Pero esa Tierra Santa no es solamente un lugar físico, sino que ante todo simboliza el Centro del Mundo, en el que se encuentra el Templo de Salomón.

Así, lo que otorga su pleno significado y validez a los templarios y su correspondiente función en un momento histórico determinado, no es guardar el templo físico de Salomón, situado en una Jerusalén terrestre y destruida hacía ya varios siglos, o bien constituirse en punta de la expansión cristiana en Oriente Medio. Su auténtica y primera justificación debe buscarse, pues, en una función espiritual, tal vez como lo explicó Guénon en su artículo publicado por "Le Voile D'Isis" en 1929. (9).

El desempeño de esa función estaría relacionado íntimamente con la propia de las organizaciones de tipo caballeresco y religioso, sujeto -

en este caso concreto- a un centro doctrinal iniciático, depositario de la doctrina, que se comunica y reparte jerárquicamente a los diversos grados iniciáticos, del interior al exterior. El lugar ocupado por el Templo en ese articulado se situaría en el límite del centro espiritual, de manera que su función sería la de cobertura exterior y mantenimiento de las relaciones de la Tradición Primordial con las demás secundarias y derivadas. Una orden de esas características debía tomar, de acuerdo con la tradición judeo-cristiana, la forma guerrero-religiosa y su símbolo había de ser el Templo de Salomón, en su sentido estrictamente ideal, en tanto que imagen simbólica del Centro Supremo.

Así, es en ese plano donde cobra todo su auténtico sentido el drama histórico templario, puesto que su desaparición conllevó la ruptura de las relaciones regulares de Occidente con el Centro de la Tradición Primordial, el Eje del Mundo, con su consiguiente desviación. Desde entonces no existió ninguna Tierra Santa que preservar, aunque otras "organizaciones" como los *Fedeli d'Amore* o los Rosacruz intentasen mantener subterráneamente los lazos con ese Centro del Mundo donde se encuentra el Templo de Salvación. Anotemos finalmente que la Masonería tiene -o debiera tener- como objetivo la recuperación de ese Centro, evocado, entre otros, por el simbolismo de la Palabra Perdida, (10) que haga de nuevo posible la unión de la tierra y el cielo.

De igual manera, el desarrollo histórico de la epopeya hebrea tiene su correspondencia y cobra su significación completa en el plano espiritual. Cuando el Templo es destruido, Israel se encuentra en el exilio, todo lo cual es rigurosamente aplicable a nuestra individualidad. Digamos finalmente que la carne no produce el espíritu y sólo como artilugio literario puede concebirse una *Historia de la eternidad* (J. L. Borges), una cronología del Kairos.

El don de lenguas

Una vez anotadas las consideraciones que hemos creído conveniente exponer, nos referiremos concretamente al artículo de Guénon publicado por "La Rosacruz". (11)

De acuerdo con el autor, para una correcta comprensión de lo que llamamos don de lenguas debe aplicarse a ese concepto una lectura simbólica. Si afirmamos que consiste en recibir un don del Espíritu Santo, por el cual quien lo posea puede expresarse con extrema convicción en múltiples lenguas, tendremos una definición que, no siendo falsa, es incompleta.

Ciertamente que existe una filología sagrada entre las ciencias tradicionales que aporta ciertas claves del lenguaje que facilitan la comprensión de las lenguas más diversas. No obstante, es su significado vertical, de orden no contingente lo que nos permite su comprensión cabal. Es así como podemos afirmar de quien posea ese don que "habla a cada uno su propia lengua", en el sentido de expresarse siempre de manera apropiada a cada hombre. Con esto no nos referimos únicamente al lenguaje corriente, sino a todas las formas de expresión posibles que forman cada una de las tradiciones emanadas de la gran Tradición Primordial.

Así, el don de lenguas -como afirma Guénon-, es un atributo del Rosacruz debido a su estado espiritual, que por haber sobrepasado todas las formas particulares no está sujeto a ninguna. Asimismo, por no estar limitado a expresarse en un lenguaje determinado, puede hablarlos todos, ya que ha accedido al conocimiento del principio -la fuente de donde, por adaptación, han surgido todos ellos. El don de lenguas no consiste pues en hablarías todas -ni podría de ninguna manera ser ese su objetivo-, sino en conocer aquella que por ser de origen sobrehumano o celeste las contiene todas. No es un saber sino una sabiduría. Recordemos al respecto las palabras de San Pablo: "...porque el que habla en lenguas habla a Dios, no a los hombres, pues nadie le entiende, diciendo su espíritu cosas misteriosas" (Corintios I, 14.1).

Es un don, pues, que no lo da la erudición sino el Espíritu y puede, de alguna manera, asimilarse el milagro, que es de naturaleza vertical: atraviesa como un rayo todos los planos de la existencia y la manifestación.

Otro aspecto que creemos conveniente comentar es el referido al "lenguaje de los pájaros", término que designa igualmente un nivel espiritual especialmente cualificado y de similar naturaleza al don de lenguas. Según afirma Guénon, en el punto en que se establece comunicación con los estados superiores del ser se comprende el lenguaje de los pájaros. Huelga decir que el término ha de entenderse en tanto que las aves del cielo simbolizan los ángeles o los estados angélicos. Los héroes que, como Sigfrido, o bien San Jorge vencen al dragón adquieren ese don. Es también la lengua angélica que Minerva enseñó a Tiresias, quien reveló a los hombres los secretos del Olimpo y fue castigado con la ceguera.

Se encuentra en correspondencia en el plano exterior con el lenguaje ritmado; por esa razón los textos sagrados están escritos en esa forma, lo que trasciende en mucho su carácter meramente literario. Platón afirma que el ritmo es la música de la esfera y la osamenta de

toda manifestación. Asimismo, todos los medios que nos elevan a estados superiores se basan en la ciencia del ritmo.

La poesía, que es una expresión de la capacidad creadora del lenguaje en el plano humano, era considerada en la Antigüedad la lengua de los Dioses. Una tradición islámica dice que Adán en el paraíso hablaba en verso.

No cabe duda que la creación poética constituye uno de los muchos ejemplos de la degradación que ha experimentado la presente humanidad a raíz de la caída. Antes del desprendimiento que nos ha llevado al exilio el Verbo era esencialmente creador y no meramente evocador ("Estamos hechos para decirlo y no para tenerlo", se lamentaba Baudelaire).

Pero en la permanente madrugada del Génesis, la palabra tiene el poder de crear, de encarnar, como nos revela el Evangelio de San Juan.

Incluso las formas más elevadas del lenguaje, como son la poesía, la metáfora y la alegoría, pueden únicamente transmitir realidades circunscritas a la propia naturaleza exterior y humana, y el límite de aquello que podemos nombrar con palabras está probablemente contenido en el Apocalipsis. De ahí se colige la necesidad de utilizar el símbolo como medio más idóneo para expresar una realidad superior por medio de otra inferior.

Tal como afirma Salustio, el Universo es un objeto simbólico y el simbolismo cósmico se aplica a la manifestación en todas sus formas. Lo que es correcto en un plano superior lo es también en todos los otros y ha de interpretarse en sentido inverso: lo interior deviene exterior, etcétera.

Por otra parte, la Tradición nos habla de espejos porque todo símbolo auténtico lo es. En él vemos lo que somos, ya que nuestra capacidad para percibir viene dada por el grado de obertura de nuestra evolución espiritual. De acuerdo con el principio de identidad y analogía, nuestros ojos ven la luz porque constituye nuestro sentido eminentemente solar y reproducen el ojo espiritual, ese "órgano de luz" que está cerrado por la corteza de los sentidos, de que nos habla Eckhartshausen. El oído oye porque está en correspondencia analógica con el espacio cósmico donde suena la Palabra Eterna.

Las facultades internas actúan en virtud de su identidad esencial y de su armonía simbólica con realidades superiores. La imaginación carecería de sentido, nos dice T. Burckhardt, (12) si, a su manera, no participara de la propiedad plástica de la materia prima, de igual manera que la palabra no tendría sentido si el Espíritu no fuera la Palabra de Dios.

El que aspira al bautismo por el Fuego y por el Espíritu, el que busca paciente y humildemente la piedra blanca de que nos habla el Apocalipsis (13) presiente o quizás experimenta el poder sagrado de la palabra.

Pero conviene tener presente que los occidentales somos demasiado amantes de los fenómenos, lo que multiplica el riesgo de ser presa de ilusiones que no trascienden el "*mixtus orbis*", donde lo único maravilloso es su propia magia, o bien nos aboque a una mística que sólo tenga por contenido el ego y sus alucinaciones. Sólo hay silencio donde reina la Palabra escondida, el *Verbum dimissum* de la Masonería operativa.

Hoy, 15 de noviembre de 1986, hace cien años que vino a este mundo René Guénon; es, pues, un día propicio para recordar a este providencial testigo de la Tradición, que tanto y tan acertadamente insistió en los peligros del peregrinaje y la búsqueda, pero que también tanto puede ayudar a los hombres de este tiempo a situarse en la vía correcta que posibilite el acceso a la Palabra viviente, perdida y recuperada, que abre las puertas del mundo Real, el *Olam Habah* de la Kábala, para dejar de ser ilusorios, tal como revela el Cristo a Santa Catalina de Siena: "Yo soy Quien es, tú eres la que no es".

La Floresta, 15

de noviembre de 1986.

NOTAS:

(1). En ediciones suramericanas existen tres títulos publicados con anterioridad: *Introducción general al estudio de las doctrinas hindúes* (1945); *El Teosofismo* (1954); *La crisis del mundo moderno* (1967); *Símbolos fundamentales de la ciencia Sagrada* (1976). (Obviamente, esta nota es de 1986 y está ya atrasada, N. del difusor).

(2). Tusquets, Joan, presbítero, *El Teosofisme*. Barcelona, 1927.

(3). "La Rosacruz", II, n^o 7, Barcelona, enero de 1928, PP. 6-8. El mismo número incluye un artículo sobre Montserrat y el Santo Graal y otro sobre la Puerta del Apocalipsis, en el monasterio de Pedralbes (el "Conventet").

(4). Guénon, René, *Aperçus sur l'initiation*, Ed. Traditionelles, París, 1980, p. 247: "Rosecroix et rosicruciens".

(5). Idem, p. 246.

(6). En el Rito Escocés Antiguo y Aceptado de la Masonería el grado 18^o (Caballero Rosacruz) tiene como tema el acceso a un estado por el que se adquiere el conocimiento del Verbo Redentor y como divisa INRI.

(7). Guénon, René, *Sobre el esoterismo islámico y el taoísmo*, Ed. Obelisco, Barcelona, 1983, pp. 89 y 55.

(8). Idem, p. 90.

(9). Reproducido en «Études Traditionelles» n^o 486, París, oct-dic. de 1984; «Les Gardiens de Terre Sainte», pp. 181-195.

(10). El tema de la Palabra Perdida se encuentra especialmente tratado, aunque bajo diferentes aspectos, en el *Royal Arch*, en el grado de Maestro de la masonería simbólica y en el de Caballero Rosacruz, como ya se ha dicho.

(11). «Le don des langues» está incluido en *Aperçus sur l'initiation*, págs. 236-240.

(12). Burckhardt, T., *Alquimia*, Plaza y Janés, Barcelona, 1976, pp. 199-200.

(13). Apocalipsis, II, 17.